

El Objeto del entre dos: A la búsqueda del Objeto Común ¿Fantasía? ¿Compromiso? ¿Ilusión?

*Albert Namer*¹*

Los antecedentes

El auge del psicoanálisis grupal en el Cono Sur entre 1957-1975 -en el cual tuvieron participación miembros de la APU- permitió la emergencia de varias observaciones y conceptos. Es el texto fundador de L. Grinberg, M. Langer y E. Rodrigué (1957) el que introduce en América Latina el tema de la aplicación del psicoanálisis a los grupos. No se trataba de una simple extrapolación de la técnica individual a la práctica grupal ya que el encuadre y el campo de trabajo eran diferentes. Se trataba de un genuino interés psicoanalítico por la dimensión colectiva que se concretiza con la experiencia clínica (H. Garbarino, M. Nieto, E. Prego Siva, 1965) alcanzando un crecimiento importante -inicialmente por razones predominantemente económicas- pero sin excluir el interés científico de los conocimientos acerca de las masas, ya

* *Agradezco afectuosamente a mi amiga y colega Gladys Franco por su ayuda en la corrección y el ajuste lingüístico del texto.*

1. *Psicoanalista. Miembro de la Société Psychanalytique de Paris. Miembro de la Sociedad Francesa de Psicoterapia Psicoanalítica de Grupo. 215 Avenue Daumesnil. 75015. París, Francia. E-mail: an7515@hotmail.com*

sugeridos por Freud (1921). Los aportes de Pichon Rivière (1965) relativos a los grupos, y de Bleger (1966) acerca de las instituciones, enriquecen considerablemente la clínica y las teorías de la técnica con el concepto de la *enfermedad grupal* al cual se agrega la noción de *campo analítico* (Baranger, 1969). De esta manera el psicoanálisis sale de la sola dimensión grupal para investigar sobre la complejidad de las interacciones en las dinámicas grupales e institucionales.

Toda la riqueza de aquellos trabajos fue mantenida viva en mi pensamiento, siéndome útil no solamente en la práctica del análisis grupal e individual, sino también como estímulo para comprender mejor ciertos aspectos del funcionamiento de los grupos e instituciones -y de sus carencias- y para permitirme formular algunas hipótesis acerca de los orígenes de determinadas patologías. Me refiero a ciertas disfunciones que necesitan un largo tiempo de observación y elaboración y que siguen siendo para mí centros de interés. Una visión más amplia me permitió comprender mejor las consecuencias de las trabas en el funcionamiento grupal, la forma en que provocan frustración, obstaculizan los procesos y generan sufrimientos en los integrantes de los grupos institucionales (particularmente en aquellos que se encargan de la asistencia en el dominio de la salud en general y de la salud mental en particular) espacios en los que trabajé durante muchos años.

Tensiones, rupturas, así como los trastornos de la identidad institucional y sus patologías, me condujeron a interrogarme acerca de la salud de los grupos e instituciones, tratando de investigar sobre cuáles podrían ser los factores que serían susceptibles de mantener la cohesión y un cierto equilibrio del trabajo en común. Pienso que existirían medios para promover una verdadera ecología psíquica en los funcionamientos institucionales que de por sí no son únicamente complejos sino que, en ciertas circunstancias, resultan tóxicos.

En función del desarrollo de estas ideas surge la noción de **objeto común**.

Breves esclarecimientos

El término **objeto**, en el lenguaje corriente, se define como lo que se sitúa frente a nosotros como algo concreto, observable, visible, estable e independiente. Se define también por la percepción y el conocimiento. Se diferencia del sujeto por su posición externa. A este nivel su explicación es fácilmente comprensible.

En psicoanálisis el término aparece con Freud (1905- 1917), a partir de la noción de *objeto de la pulsión*, objeto investido afectivamente, al que dio un estatuto metapsicológico que permitió desarrollar otros aportes esenciales. A pesar de ello, el objeto en el psicoanálisis no ha logrado instalarse como concepto teórico definitivo. El objeto no es ni una entidad concreta, ni una persona y tampoco una parte de su cuerpo. Su presencia como tal emerge a partir de la existencia de la pulsión y de la necesidad de un espacio para descarga de los afectos. Son importantes los aportes de M.Klein (1921-1945) sobre el nivel arcaico del psiquismo, así como el valor que da, esta autora, a la existencia de un Yo precoz. Introducirá la diferencia entre los mundos externo e interno, aportes que condujeron a las nociones de fantasía inconsciente y objeto interno.

El término **común** se define como algo que pertenece al menos a dos personas o a un grupo. Otro uso es el que refiere a un acercamiento en el parecido. La noción incluye la participación y el hecho de compartir (*partager*), expresión que puede efectuarse de formas diferentes (una tarea puede ser compartida sin que ello implique necesariamente una equivalencia de los esfuerzos individuales.)

Me parece útil aclarar que los términos "uniformidad" o "semejanza" no son equivalentes al término "común".

Fuera de las patologías -consecuencia de las simbiosis y de las fusiones- parecería que el psicoanálisis no ha explorado en profundidad el concepto **común**, cuyo estudio hasta el presente se sitúa fundamentalmente en el campo de la sociología. Sin embargo, no sería imposible que cuando la noción haya logrado una cierta madurez, sea considerada como uno de los parámetros

a tomar en cuenta en las relaciones institucionales, en las dinámicas psíquicas de lo colectivo.

A continuación describo algunas hipótesis cuyo objetivo es el de crear una apertura a otros cuestionamientos que permitirían enriquecer las nociones de "vínculo".

Varias experiencias me sirvieron para abordar la idea del **objeto común** y sus vías posibles de evolución. Una de ellas tiene que ver con la relectura del libro que recoge mi experiencia en la creación de un internado terapéutico y elaboración posterior al cierre del mismo (Namer 2003)², transcurso en que tomé conciencia de que el tema que hoy me ocupa tenía ya un lugar en mis conceptualizaciones. En el lapso que duró la experiencia de la puesta en marcha del Hogar Terapéutico Infantil, no fue posible hacer conciente la vertiente política que (en sentido amplio) el proyecto contenía de manera implícita, en parte por la insuficiencia de mi experiencia en materia de grupos de trabajo y también por la interrupción prematura y violenta de la misma. Lo que predominaba en la época del Hogar Terapéutico fue la puesta en práctica de lo que se puede conceptualizar como el **investimento común** en torno a la atención prodigada a las trabas del desarrollo psíquico de los niños asistidos; ese fue el objetivo central de aquella experiencia piloto. La noción de objeto común no estaba aún formulada pero los perdurables efectos de aquel emprendimiento me permiten pensar, a posteriori, que algo de la entidad de lo que hoy conceptualizo como tal, tuvo su espacio en el equipo a cargo de aquel proyecto.

Si la aceptación del enfoque psicoanalítico resulta útil para la tarea grupal e institucional, incluir la construcción de un

2. *El libro trata de la creación y puesta en marcha de una experiencia piloto: un hogar para niños internados en el entonces llamado Consejo del Niño y luego, Instituto Nacional del Menor (Montevideo, Uruguay), organizado a partir de un proyecto basado sobre conceptos psicoanalíticos en particular la del desarrollo psíquico. Los niños tratados pertenecen a las clases más desfavorecidas de la población. Presentan rasgos que pueden desarrollarse como estructuras psicopáticas o psicóticas. La regresión es utilizada dentro de un encuadre preciso. Esta experiencia fue interrumpida en 1977 a través de la clausura del establecimiento y la destitución de su director por la dictadura militar.*

objeto común se transformará con naturalidad en uno de los aspectos de la actividad elaborativa. Podría decirse de modo más general, que la dimensión objetal se convierte en uno de los ejes de las modalidades relacionales y según cómo se organice puede resultar positiva o negativa para el grupo.

Es posible observar, por ejemplo, la tarea de un equipo que a pesar de tener referencias comunes o próximas, utiliza las diferencias para enfrentarse favoreciendo la emergencia predominante de las rivalidades y luchas de poder. Esos conflictos, humanos e inevitables, resultan particularmente perturbadores en los servicios de asistencia en el área de la salud mental y en las instituciones dedicadas a la formación psicoanalítica. Los pacientes y los alumnos son a menudo víctimas, no tanto de las diferencias conceptuales que existan entre los profesionales que de ellos se ocupan, sino de la emergencia a largo plazo de paradojas y contradicciones actuadas sin tramitación.

Otro campo para el abordaje de la idea del objeto común ha sido mi experiencia con grupos terapéuticos. Los pacientes que integran un grupo terapéutico llegan, en general, a través de una indicación terapéutica propuesta por un consultante. Son excepcionales las situaciones en las que el paciente solicita explícitamente un tratamiento grupal.

El grupo como espacio terapéutico, fuera de las instituciones psiquiátricas, suscita muchas fantasías de peligro, riesgos y dudas, que van más allá de la ambivalencia inherente a la mayoría de las demandas. Solicitar un psicoanálisis o una psicoterapia individual significa entrar en una relación íntima. En el caso del grupo los temores y dudas tendrían que ver con la aprensión a la intrusión, a la pérdida de la intimidad e incluso a la amenaza de la pérdida de la identidad.

Mantener la actividad como analista de grupo me ha significado una fuente de aportes esenciales para investigar -fuera de lo que aparecía como la enfermedad grupal- elementos de naturaleza diferente que mantenían la coherencia y la continuidad del grupo, a pesar de los altibajos que pudieran aparecer en las crisis que atravesaran el proceso terapéutico.

Como es sabido, la patología grupal significa algo más que

la suma de patologías. Nos encontramos así con un verdadero campo analítico grupal, donde el analista está implicado en el juego inter e intra-subjetivo al cual se suman las proyecciones, las identificaciones y las relaciones transfero-contratransferenciales -no solo con el analista- por efecto de las difracciones transferenciales que se producen sobre el conjunto grupal.

La primera etapa del grupo es la de entrar en contacto con los sufrimientos individuales. Preservar la individualidad constituye al comienzo un mecanismo normal. Para ciertos pacientes el grupo es un receptáculo en el cual son expulsadas una parte de las angustias que existen detrás de los síntomas que determinaron la indicación del tratamiento. El reconocimiento de un continente externo necesita de un tiempo largo y variable y no es siempre posible para aquellos pacientes a quienes ha faltado la experiencia de beneficiarse de una continencia -aunque fuera parcial- de manera de poder introyectarla. En esos casos el grupo solo sirve de depósito pasivo, sin retorno alguno, y, en consecuencia, resulta frustrante. Sin embargo, para otros pacientes que sufren de la misma carencia, la propuesta grupal parece una buena indicación para el comienzo de un trabajo analítico que puede resultar suficiente o prolongarse en otro momento en un análisis individual. A veces la inversa puede ser también útil en los casos en que el análisis individual no haya permitido abordar ciertas zonas del inconsciente. Los primeros desertores en los grupos son "pacientes impacientes", que a fuerza de funcionar de manera expulsiva, intentando a través de sus proyecciones desmovilizar el grupo (analista incluido), refuerzan la convicción de que no encontrarán alivio alguno en ese espacio. Lo abandonan a los pocos meses de trabajo. En algunos grupos existen pacientes con necesidad intensa de preservar su individuación y transforman esto, gradualmente, en una de las resistencias predominantes que obstaculiza la entrada en el proceso terapéutico. Estos pacientes ponen a prueba la solidez y la capacidad del grupo para tomar a su cargo esas defensas. El trabajo interpretativo relativo a las angustias persecutorias -simultáneamente a la necesidad de mantener los vínculos- suele ser eficaz.

Lo que resulta curioso es que algunos de esos pacientes pue-

den mantenerse un cierto lapso en el grupo sin modificar sus defensas. Queda abierta la pregunta de cuáles podrían ser las razones inconscientes de la dinámica que los mantiene un tiempo relativamente largo en la psicoterapia. Se observa, como conducta habitual en ellos, ausencias a las sesiones y a veces períodos largos en que desaparecen, manteniendo telefónicamente el contacto con algún miembro para transmitir los motivos manifiestos por los cuales no participan de las sesiones.

Concomitantemente, y gradualmente, una parte del grupo se constituye en una presencia estable que asegura la continuidad de la tarea creando un verdadero núcleo que he llamado el "núcleo vital". He analizado grupos mixtos de jóvenes adultos que comenzaban siendo ocho participantes y llegaban al final del proceso, en general, cuatro o cinco pacientes, a veces menos. Sin embargo, los ausentes, incluso los de las primeras sesiones, quedaban presentes -tres o cuatro años después- como partes u objetos parciales de una misma unidad; no necesariamente perdidos sino dispersados. Esto se expresa bajo formas diferentes. Los ausentes se han llevado una parte de las proyecciones e identificaciones dejando otras en el grupo. Esas pérdidas evolucionan a través del tiempo y su tramitación lleva meses o años, o hasta el fin de la psicoterapia. En el curso del proceso, la elaboración de la pérdida de uno o varios de los miembros del grupo terapéutico, implica para los que permanecen un trabajo de duelo con sus dificultades y mecanismos propios tales como las idealizaciones, los mecanismos de negación o de desmentida, pero no exclusivamente: en varias experiencias pude notar que si bien el asiento vacante indicaba un vacío de la presencia (cuerpo y voz) una vez aceptada esa realidad se producía un cambio y a partir de allí la dialéctica construcción - reconstrucción se mostraba activa. Si bien por un lado un cambio se había producido por otro se percibía que otro elemento se mantenía inmodificado. Esta observación constituyó una de mis primeras interrogantes en ese campo, cuestionándome sobre lo que elegía para interpretar y de que manera lo formulaba. Si bien en gran parte dependía de la manera en que el grupo había estructurado su patología, también inter-

venía mi propio enfoque sobre el equilibrio entre las pulsiones de vida y las destructivas, tanto como el tomar en cuenta las transferencias laterales. Lo **común**- al menos inconscientemente- no se limitaba al encuadre como un espacio compartido y perteneciendo a todos, sino que algo más complejo había comenzado a existir.

La toma de conciencia gradual se produce con los pacientes más implicados, aquellos que han encontrado juntos un sentido al trabajo analítico del grupo, manteniendo el mismo interés hasta el fin de la psicoterapia.

El objetivo -y no el objeto común- que se genera en una primera etapa, en función de los síntomas, es la fantasía de curarse lo más rápidamente posible. El analista paciente (utilizo expresamente las dos palabras) cuya posición le permite esperar, tiene como objetivo facilitar el proceso analítico manteniendo un encuadre firme y continente, ignorando a la vez cual será su desarrollo posterior. He observado que cuando el trabajo es regular y el proceso evoluciona, el **objeto común** se constituye en torno al *proceso mismo* y no a la curación.

Son estos puntos de encuentro y de confianza, a veces relativamente conscientes otras veces pre-conscientes y otras inconscientes, que permiten que el trabajo se haga en mejores condiciones. El proceso, que no es lineal, contiene momentos de estancamiento, progresiones y regresiones no necesariamente basados en la relación transferencial ni en la existencia del encuadre, sino en torno a una creación común y a las dificultades que se pueden presentar.

Otra fuente de observación que propició el desarrollo de la noción de **objeto común**, comenzó al inicio de los años noventa cuando varios colegas -analistas de dos sociedades diferentes, ambas integrantes de la I.P.A- concebimos un grupo de trabajo activo, en vistas a crear un centro de formación de psicoterapeutas psicoanalíticos de niños y adolescentes en Caen, en la provincia de Normandía, en Francia; se trataba de una necesidad social puesto que no había allí profesionales formados como psicoterapeutas. Nuestras sociedades respectivas tenían el conocimiento de estas

actividades y las respetaron como independientes puesto que los Institutos no se ocupaban de la formación de analistas de niños y adolescentes. Esta fue la primera experiencia en el país y sirvió de modelo a las instituciones de formación de psicoterapeutas que fueron creadas posteriormente en Paris, Lyon, Bordeaux, Toulouse y Lille.

El grupo de trabajo fundador en Caen, que continua reuniéndose regularmente, aceptó mi propuesta de agregar a las reuniones habituales un seminario interno anual, cuyo objetivo era trabajar intensamente, desde el comienzo, en la creación y revisión de los proyectos, de los estatutos de la institución, del reglamento interno, de las condiciones de admisión a la formación de los candidatos postulantes y del programa de la formación. El trabajo de los seminarios iniciales evolucionó a un trabajo continuo sobre la estructura institucional, la evaluación de nuestra actividad como docentes así como la de los psicoterapeutas en formación, las supervisiones y el programa de seminarios. Un fin de semana completo, anual, en que compartimos jornadas intensas y apasionantes, fijadas con antelación de un año para el otro, en un lugar retirado de la ciudad. Naturalmente han sido parte de nuestros intercambios nuestras posiciones personales y los motivos que nos llevaban a ciertas opciones. Se instaló confianza suficiente para permitir evocar nuestros análisis personales así como las vivencias de la formación. En ciertos momentos pudimos expresar las representaciones que teníamos del deseo de formar y de transmitir, tarea que no existía en los Institutos oficiales a los cuales pertenecíamos los miembros del grupo. Fueron tenidos en cuenta y verbalizados los riesgos narcisistas del ansia de prestigio y poder que podía representar la formación. En los momentos de decidir sobre la admisión de los candidatos -cuando aparecían dudas- no solamente nos referíamos a nuestra contratransferencia sino también a nuestras reacciones emocionales y a la parte de subjetividad que podía intervenir en cada situación.

El interés común inicial era el lugar particular que dábamos a los mecanismos arcaicos en el desarrollo psíquico. Esta posición determinaba en gran parte la determinación de la frecuencia se-

manal de las sesiones, así como el encuadre continuo utilizado que debía ser respetado en la formación.

Resumiré los elementos esenciales que contribuyeron para encontrarnos: La verbalización de nuestra subjetividad fue haciendo construcción, junto con nuestras identificaciones y proyecciones, poniéndose de manifiesto elementos muy similares y otros que no coincidían. Contrariamente a lo que puede imaginarse no se trataba de forjar una amistad (que no existía al inicio) sino vínculos que fueran aliciente para continuar explorándonos. La construcción de nuestro encuadre fue relativamente rápida en el sentido de neutralizar las jerarquías y de funcionar no como una comisión de enseña -aunque fuera así denominada para su transmisión pública-. Esto en el comienzo no excluía la posibilidad de las rivalidades que ningún sistema logra impedir. Si bien desde el punto de vista jurídico existía un consejo administrativo con todas las funciones jerárquicas necesarias institucionalmente, éste estaba integrado por profesionales que no participaban de la docencia. Lo que fuimos descubriendo gradualmente es que lo que estaba en juego era la calidad y el rigor de nuestra transmisión y el placer de desarrollar nuestro pensamiento y propósitos y que nuestra acción debía ser coincidente.

Esto no modificó nuestras discrepancias ni nuestras posiciones teórico-clínicas.

Para comenzar-como ya lo expuse- no existía una jerarquía determinada a pesar del prestigio de algunos de los miembros del grupo. Toda decisión era tomada colectivamente, a través de un debate en el cual, seguramente, existía la presencia del **objeto común**.

Nos dimos cuenta que la libertad y a la vez el rigor en la formación nos reunía en los momentos de tensión o de mayor oposición. Encontrábamos a veces un compromiso entre dos posturas. Finalmente nuestro objetivo era el de formar nuevos psicoterapeutas de forma suficientemente exigente como para garantizar un cierto nivel de calidad en el ejercicio de su profesión.

El rigor sobre el cual trabajamos a partir de vivencias dife-

rentes y a la vez el placer del trabajo grupal nos parecieron indisociables de la actividad de formación.

Luego de una sucesión de etapas, *el trabajo grupal*, enteramente ligado a nuestra modalidad, fue identificado en esa tarea y en ese encuadre, como el **objeto común**. Es cierto que el objeto común puede derivar en amistad, pero hemos comprobado que esto no es sistemático ni indispensable. El funcionamiento de las sociedades analíticas nos sirvió a la vez como fuente de observación y de reflexión. A lo largo de la formación analítica -al menos en los institutos que conozco- no existe ninguna fase donde el candidato pueda vivir y comprender lo que constituye un funcionamiento colectivo. Los Institutos (al igual que otras instituciones) son lugares vividos a menudo como espacios de sumisión y de confusión. Sin duda que existe una diferencia jerárquica entre el docente y el alumno, pero el inconveniente no radica en esa asimetría y tampoco es un impedimento para que el candidato llegue a ser un buen analista. La dificultad trata esencialmente de lo que es transmitido como posición individual que estimula fuertemente el narcisismo que implica la profesión misma, y la dicotomía entre el discurso acerca de las dinámicas grupales que queda en general como parte de un discurso exclusivamente verbal, en tanto la acción y su aplicación no acompañan el discurso. La paradoja se encuentra en el hecho de que por un lado reconocemos sin discutir el valor del elemento tercerizador pero en su aplicación parecería ser, en general, evacuado.

Si bien la problemática de la rivalidad y de las envidias es inevitable, induce a la configuración de patologías que son sabidas y denegadas a la vez, favoreciendo los clivajes que existen en los grupos analíticos. *El objeto común* -en función de donde se sitúa- es *un elemento tercerizador*

Dificultades y trabas en la construcción del objeto común.

Una de las primeras dificultades se encuentra en la tentativa inicial de una puesta en común de las percepciones individuales

dentro de la situación colectiva y en relación a la tarea supuestamente común. Forzosamente las representaciones expresadas y proyectadas están, en gran parte, íntimamente ligadas a los objetos internos individuales.

La angustia frente a esta puesta en común se explicaría por las fantasías de rechazo o de despojo, vivencias originadas en elementos persecutorios, frecuentemente generadas por la situación misma.

Uno de los riesgos es el de crear, en esta puesta en común, un pre-objeto utilizado prioritariamente como depósito de proyecciones tóxicas, transformando en consecuencia -e involuntariamente- el espacio de trabajo en un receptáculo evacuativo. Por esta razón la reflexión y la elaboración en su continuidad y regularidad deberían evitar que la construcción se transforme exclusivamente en un espacio de quejas, de reproches y de descarga de elementos depresivos. (Explicar el por qué de ciertas frustraciones se sitúa en otro nivel que el de los lamentos, quejas o ataques.)

Teóricamente y de acuerdo a mi experiencia la puesta en marcha de las condiciones para la conformación del objeto común necesitaría de:

- **Un tiempo** suficiente para el establecimiento de una confianza basada sobre la autenticidad y la espontaneidad de lo que es expresado, evitando, en lo posible, la intelectualización como defensa.

- **Un investimento** suficiente para desarrollar una implicación fecunda.

- El desarrollo del **sentimiento de pertenencia** (una vez más utilizo un término más sociológico que psicoanalítico.) Me parece que esta configuración involucra una dialéctica permanente entre estos tres puntos, y seguramente cuenta con la participación de otros no previsibles.

Un grupo se reúne en principio alrededor de objetivos comunes y manifiestos, en cambio los objetivos latentes pueden producir interferencias y perturbaciones en función del nivel de profundidad en que se sitúen y en relación a la intensidad de los

mecanismos represivos que sean utilizados. Se constituye así el objetivo latente del grupo, pre-consciente o inconsciente, fragmentado y confuso, que permanece implícito y mudo. En un grupo los silencios son a menudo posiciones estratégicas y políticas para impedir el riesgo del rechazo, lo que no impide las críticas y la ira que se pueden expresar fuera del grupo. Esas son situaciones no evitables que en algún momento pueden producir síntomas tales como actos fallidos, confusiones y paradojas y determinar la aparición de violencia en los debates. La expresión de la violencia es diferente en función de la estructura psíquica y de la tramitación de las pulsiones para cada persona y en todo grupo existe una violencia latente que es raramente analizada en tanto se expresa bajo formas diferentes. En la medida en que el grupo o la institución no ha constituido un continente reasegurador, puede suceder que durante ciertas fases regresivas entren en juego elementos arcaicos y se expresen sentimientos violentos, descargas que para algunas personas constituyen la única forma de sostener su prestigio y existir intelectualmente.

Los integrantes menos voraces son los que frecuentemente se marginan manteniendo una actividad discreta y de calidad como forma de protección. Cuando existe una intensa lucha de poderes, el objeto común no existe ni puede existir. En tales circunstancias los objetivos manifiestos priman, a menudo como coartada para mantener cierta unidad.

La búsqueda del objeto común se inicia con la de un punto de encuentro colectivo a partir del cual comienza la tarea. En función de su evolución, el punto de encuentro común se extenderá a los espacios psíquicos compartidos, reunidos y representados por el objeto común. Si bien la puesta en marcha de esta tarea es voluntaria y exige cierto esfuerzo, el proceso la encamina hacia un mecanismo natural de interiorización y de introyección. Su objetivo es crear las condiciones para hacer manifiesto lo que contiene la razón para la cual están reunidos los participantes. Esta tarea no se hace en reuniones específicas sino que se transforma en una modalidad de trabajo. La rotación de un moderador y sintetizador es siempre útil en toda actividad grupal, son roles

que pueden ser alternados, que no corresponden a ninguna jerarquía y no tienen relación alguna con las comisiones o los cargos de la estructura institucional. La función del regulador es la de favorecer, informalmente, un *feed back* y una síntesis cuando es necesario. Fuera de ese dispositivo la búsqueda del objeto común no es un deber ni una tarea institucional, como podrían inducir a pensar involuntariamente, algunas zonas de este texto. El objeto común entra en la misma categoría relacional que constituye el origen de todo objeto, con la diferencia de que no se produce únicamente en el vínculo dual del cual el psicoanálisis se ha ocupado esencialmente en relación a la creación objetar.

Es el fruto del deseo de implicarse en un espacio colectivo, de la curiosidad acerca del pensamiento y de las experiencias ajenas. Es todo un proceso el que puede llevar a las posibilidades de facilitar que lo latente se transforme en manifiesto. Es indudable que ciertas incompatibilidades resultan obstáculos para que se constituya un objeto común y la emergencia de una incompatibilidad radical trabaría todo intento. Cuando la situación se ve forzada, aparece lo que llamo -tal como existe un falso self - *un falso objeto* que con el tiempo distorsiona lo que puede concebirse como identidad de una institución o de un grupo³.

3. *En estas dos últimas décadas se ha producido en nuestro medio una enorme difusión del psicoanálisis. Se multiplicaron las reuniones de sensibilización, coloquios y seminarios clínicos con presentación de casos, abiertos en principio a un público profesional interesado por el tema y en gran parte sin formación analítica. Si por un lado esta apertura motivó con el tiempo a mucha gente a solicitar un análisis personal y luego a formarse, por otro lado indujo la utilización de la terminología analítica de manera banalizada y favorecedora de confusiones. Muchas instituciones de salud mental o de psiquiatría de niños y adolescentes o de adultos -salvo algunas legendarias que aun resisten gracias a la presencia de analistas formados en nuestros institutos- instauraron la teoría psicoanalítica como referencia central tanto en sus discursos como en el proyecto de trabajo, sin que la práctica real siga la teoría en sus aspectos más básicos. La calidad de estos servicios no es necesariamente mala en tanto se trata de terapeutas que se ocupan correctamente de los pacientes, pero el fundamento psicoanalítico resulta empobrecido. Es por estos motivos, entre otros, que la cuestión de las identidades institucionales me interesa como objeto de investigación. Como psicoanalista tomo en cuenta también, que hoy en día gradualmente se imponen con*

El **objeto común** es un objeto donde se combinan el pensamiento y los afectos y cuando es sano no interfiere en el encuadre institucional. Es una instancia psíquica destinada a reunir a las personas y no lo contrario. Su evolución es posible cuando los miembros del grupo son capaces de verbalizar sus posiciones y sus afectos. Esta posibilidad (tan rara de asociar durante la tarea, sin temer la distorsión de la tarea) puede crear resistencias individuales, particularmente en las primeras etapas. Esas resistencias son debidas a lo que ya señalé como temor de la revelación de sí mismo y temor a la pérdida de la intimidad.

La situación en sí es íntima y puede ser confidencial, lo que no significa que deba ser secreta, en particular si se trata de un grupo de trabajo. Las fantasías que en general se mantienen secretas son aquellas que tocan problemas de odio, destructividad, de celos y de envidia. Otras posiciones, sin ser expresadas, temen al comienzo la pérdida de un control que provocaría el fantasma de resbalar hacia un grupo de intercambio con función terapéutica. Hacer nacer un objeto común puede también ser vivido como devorador de tiempo y de energía para producir algo de lo cual se beneficiarían los otros, lo que puede ser, para algunos, razones para anticipar su fracaso. Esto correspondería a fantasías orales de avidez que son proyectadas sobre la tarea misma y sobre los otros participantes. Estos factores a los cuales se agregan los temores paranoides muestran por un lado las regresiones posibles y por otro la barrera que constituye el no poder acceder a un funcionamiento prioritariamente genital y en consecuencia creativo. (Las horas perdidas a veces en reuniones administrativas, o estériles del punto de vista creativo, merecerían como contrapartida un equivalente de tiempo para la elaboración grupal.)

La tarea basada exclusivamente en los afectos y la necesidad de hacerse amigos o evitar los enemigos, no corresponde a la naturaleza del objeto común tal como lo concibo. Pero tampoco corresponde cuando el discurso está exclusivamente basado so-

más fuerza técnicas comportamentalistas o cognitivas que esgrimen el argumento de su eficacia en un tiempo mas breve, sin ocuparse de la historia interminable del inconsciente

bre lo racional e intelectual, especialmente cuando esto es utilizado como defensa contra los afectos. El objeto común tiene una función reguladora en los dos sentidos.

Es a su vez un elemento de continencia de los diferentes pensamientos que pueden existir y se basa también en un vaivén entre las actividades, los hechos concretos y la reflexión abierta, permitiendo las reacciones personales en relación a las opciones frente a diversas alternativas, modificaciones previstas, y otros temas.

Cuando el tiempo de reflexión desatiende la acción nos encontramos frente a la perturbación de un funcionamiento potencialmente productivo. Es también el caso cuando sucede lo contrario.

Una construcción objetual es siempre posible en la dinámica grupal o institucional. El objeto resultante se superpone al concepto de "objetivos" lo que dificulta su identificación y en consecuencia no siempre logramos percibir cuales son sus características, su función, el lugar que ocupa ni cual es el sentido de su existencia. En el caso del objeto común su génesis y su función pueden establecerse, en cambio su conformación final no es previsible ni siempre posible. El obstáculo mayor lo constituyen las estructuras narcisistas individuales sólidamente asentadas. En la construcción de todo objeto, en la etapa preliminar a su introyección participan las pulsiones, la libido interviene plenamente en la creación del objeto común. He observado que en las situaciones grupales ciertos participantes revelaban a través de sus posiciones, una forma de re-emergencia de expresiones evocadoras de una fase pre-genital del desarrollo del Yo, donde predomina la elección del objeto narcisista descrito por Freud (1905,1914). Esta observación sugiere la ausencia de la otra opción que constituye el **apoyo** (posición anaclítica) sobre un elemento protector y nutricio como puede ser el seno materno. La reminiscencia del objeto narcisista se hace a través de la elección de un objeto-espejo igual a si mismo o del reflejo percibido como siendo sí mismo.

Cuando las aspiraciones narcisistas saturan el espacio, sue-

len generar manifestaciones tales como la falsa escucha o su ausencia reveladora de la falta del deseo de comprender a los demás. Emergen así variantes del sentimiento de omnipotencia, desprecio de las ideas de los otros y ataques a la creatividad. Esas manifestaciones no son necesariamente explícitas, pueden mantenerse en un estado latente. Se opera así -sobre el otro- un desposeimiento de la calidad de sujeto re-posicionándolo a la de objeto. La ausencia de un trabajo tal como lo concibo favorece la construcción de otro objeto cuyas características son diferentes: permanece como un elemento inconsciente entrando en connivencia con otros objetos internos, frecuentemente persecutorios, parciales o clivados, encontrando un compromiso a través de la idealización del objetivo grupal manifiesto.

Al comienzo deviene en un *objeto ilusorio*⁴ porque el narcisismo grupal creciente lo lleva gradualmente al estadio de idealización. Esas son las situaciones de mayor fragilidad, donde las frustraciones individuales o colectivas pueden reactivar heridas o traumatismos individuales. He podido observar directamente esta característica en el funcionamiento de algunas instituciones donde el objeto ilusorio es mantenido de manera prolongada. Se trata de una construcción que diferencio de la esperanza que puede a su vez contener una ilusión. Cohabita con lo que ha sido concebido como la ilusión grupal,⁵ descrita por Anzieu (1971). Esa posición puede erigirse en bastión evitando de esta manera el riesgo frente a la amenaza de un clivaje. En ciertos casos, como escape y para mantener una forma de equilibrio y evitar el caos

4. Namer A. "Algunas reflexiones sobre la difusión del psicoanálisis" Documento interno en espera de su publicación (2007).

5. Uno de los cuestionamientos posibles sería el de preguntarse si la ilusión grupal no es la consecuencia de la presencia de un objeto ilusorio precoz constituido a partir de las ilusiones individuales. La idealización proyectada sobre la institución transformándola en intocable. Una vez desaparecida la ilusión grupal, un mecanismo regresivo permite el retorno a un estado simbiótico protector que es el último amparo para evitar el desmoronamiento o la pérdida irreparable. El "objeto ilusorio" en su evolución patológica puede transformarse en "objeto idealizado", la etapa siguiente correspondería al "objeto fetiche".

psíquico, la salida es la de trasmutarse en *objeto ambiguo*. Si la instalación de una capacidad de continencia es posible, tal como la entiendo, a propósito del desarrollo de la trama identitaria, existirá una alternancia entre continente y contenido. En este caso el **objeto común**, previamente contenido, será a su turno un continente para el grupo.

Lo que propongo como representación es la imagen del condominio, donde existen los espacios privados y los comunes. A pesar de que el edificio es una unidad, los espacios comunes sirven como espacios compartidos donde se puede circular, encontrar a los demás e intercambiar sobre temas diversos. Esto da vida a una estructura en cimientos.

Conclusiones

Para finalizar intentaré hacer una síntesis que podría aproximarnos a una definición del concepto de **objeto común** en la etapa de desarrollo teórico en la cual me encuentro:

*El **objeto común** define su existencia en el encuadre de un trabajo grupal o institucional. Es un elemento abstracto en su volumen pero presente en el psiquismo; esta investido libidinalmente; se encuentra enriquecido por otros factores propios de la dinámica grupal. Se diferencia de un proyecto y de objetivos manifiestos por el hecho de tener una pluridimensionalidad. Es el resultado de un trabajo asociativo colectivo, con una elaboración que da cuerpo a un pensamiento y a representaciones compartidas. En su estructura intervienen los aportes personales de cada uno de los participantes, las percepciones estrictamente individuales, la subjetividad, las representaciones y la reflexión que le sigue, tendientes a hacer manifiesto lo que en general queda latente. Su existencia parte de la idea de un punto de encuentro que incluye las formas en las que es vivida la tarea por cada integrante. Una vez creado, toma progresivamente un volumen creciente. No se desliga de los objetivos manifiestos que están en el origen de la constitución del*

*grupo o de la institución, tomando más consistencia desde el momento en que son aceptadas las alteridades y las diferencias. Es activo, viviente, y en consecuencia evolutivo y modificable manteniendo el espíritu que le da cierta coherencia. Se vuelve concreto cuando opera como regulador de las decisiones frente a opciones diversas, o como regulador de las tensiones, o de las confusiones y conflictos en el grupo o la institución. Su finalidad no es la de instalar una uniformidad, todo lo contrario; es en las diferencias que pone de manifiesto el valor de los mecanismos identificatorios. Necesita un tiempo en que como objeto es gradualmente interiorizado, de manera tal que se sitúa entre el mundo externo y el interno manteniendo ese vaivén que constituye la naturaleza de todo objeto. Se trata de **un objeto mixto**. Gracias a su presencia, en tanto que referencia, servirá al mantenimiento y a la preservación de los vínculos intelectuales así como de los emocionales, asociándolos en forma equilibrada. Finalmente, contribuye de modo importante a la construcción de la identidad institucional, reforzando el sentimiento de pertenencia y en consecuencia las capacidades de invertir la actividad.*

Este artículo estaba ya terminado cuando tuve acceso al trabajo de Laks Eiziric(2008)sobre el amor y el odio en las instituciones psicoanalíticas. Es un artículo que merece un comentario mucho más extenso del que podré aquí incluir. Lask Eiziric menciona la importancia que el psicoanálisis puede tener en la comprensión de la interface de las relaciones inconscientes e interpersonales. Lo cito: "¿qué es lo que hace que las instituciones psicoanalíticas sean únicas y probablemente diferentes a otras instituciones? Me parece que estamos frente a diferentes niveles de ansiedades, fantasmas de ideales, de corrientes, de conflictos, de tradiciones culturales, pero también existe una relación personal con Freud y con los pioneros de cada sociedad..." más adelante: "en nuestras instituciones coexisten el amor y el odio... Pero quizás es posible ver nuestros esfuerzos permanentes para reglamentar, definir reglas y procedimientos para poner a la obra lo que es oportuno para nuestra sobrevivencia en tanto que asociación, como los utensilios poderosos para controlar y manejar la erup-

ción de las formas primitivas de amor y de odio" Este artículo es un llamado de atención sobre la dualidad amor-odio, construcción y destructividad y señala, al pasar, el escaso lugar que tienen las dinámicas grupales en la institución. Lamentablemente confirma, de modo involuntario, que no son ni las organizaciones ni los reglamentos los utensilios poderosos que modificarán la violencia a pesar del amor existente. El problema se sitúa a otro nivel, mas profundo que el que se limita a establecer un encuadre, y exige un trabajo personal y colectivo diferente de la perspectiva puramente racional e intelectual.

¿Y si intentáramos juntos buscar la forma de moderar los excesos narcisistas, e independientemente de los reglamentos, organizaciones, cargos y jerarquías, en una intimidad compartida, buscáramos la vertiente común de nuestros objetos?

Si bien en ningún momento tuve la fantasía de que mi propuesta sobre el objeto común fuera un recurso mágico que curaría los conflictos ni los sufrimientos colectivos, el concepto puede contribuir a cuestionar los contenidos y la naturaleza del vínculo en los grupos e instituciones.

He querido simplemente transmitir -a partir de mi curiosidad y el placer de mis experiencias- una apertura para las reflexiones y la investigación sobre uno de los tantos temas inagotables.

Resumen

El Objeto del entre dos: A la búsqueda del Objeto Común

¿Fantasía? ¿Compromiso? ¿Ilusión?

Albert Namer

En este artículo se considera la posibilidad de conformación de un objeto de características particulares construido en el ámbito de un grupo o una institución. Dicho objeto será nominado "objeto común". El autor desarrolla el concepto a partir de su experiencia clínica en diversas experiencias tales como la dirección de un instituto terapéutico, la labor como psicoanalista de grupos terapéuticos y finalmente como integrante de un grupo de

analistas creadores de un instituto de formación en psicoterapia analítica de niños y adolescentes.

Se describen las características que tendría el objeto común y se detallan los elementos que favorecerían su desarrollo así como también las trabas manifiestas y latentes para la construcción del mismo.

Summary

The object "in-between" In search of a shared or common object.

Albert Namer

This paper raises the question of the existence of a shared or common object which is constructed as the work within a group or institution progresses. The author takes as his starting point his clinical experience in three fields of professional activity: a therapeutic institution for children with psychological problems, the practice over a number of years of group psychoanalytic psychotherapy, and the setting-up and development of a training course for future psychoanalytic child and adolescent psychotherapists. Those who ran that course were all psychoanalysts, members of the IPA. Over a period of several years, they studied the specific way in which they worked and how they functioned internally. In the final part of the paper, the author highlights the obstacles that may hinder the construction of such an object and the potential pathological states that underlie the dynamics of that process.

Descriptores: GRUPO / PSICOTERAPIA DE GRUPO/
INSTITUCION /

Bibliografía

- ANZIEU D. (1971) *Le groupe et l'inconscient*. Dunod Editeur. Paris 1978
- BARANGER W y M. (1969): *Problemas del campo psicoanalítico*- Ediciones Kargemian Bs.As.1993.
- BLEGER J. (1965) *Psicohigiene y psicología institucional* - Paidós. Bs.As. 1969
- FREUD S. (1905) *Trois essais sur la vie sexuelle*. Oeuvres complètes Tome VI PUF 2006
- _____ (1914) *Pour introduire le narcissisme* Oeuvres complètes Tome XII PUF 2005
- _____ (1915) *Pulsions et destins des pulsions*. Oeuvres complètes Tome XIII PUF 2005
- _____ (1917) *Deuil et mélancolie*. Gallimard Paris 1978
- _____ (1921) *Psychologie des masses et analyse du Moi*. Oeuvre complètes *Psychanalyse* Tome XVI 1921-1923. Presses Universitaires de France 2003
- GARBARINO M y H, NIETO M, PREGO SILVA L.E. y V. *Mecanismos y evaluación de la curación en psicoterapia de grupo*. RUP Tomo VII numero 1 1965.pags 29-41 Montevideo
- GRINBERG L. LANGER M. RODRIGUE E. *Psicoterapia del Grupo: Su enfoque psicoanalítico*. Paidos Bs. As. 1957
- KLEIN M. (1921-1945) *Essais de Psychanalyse* . Payot. Paris 1978
- LASK EIZIRIC C. (2008) *El amor y el odio en las instituciones psicoanalíticas*. *Psicoanálisis Internacional* revista de la API num. 17 dic.2008
- NAMER A. (2003) *Espacio Institucional y encuentro terapéutico*. Trilce. Montevideo 2003.
- PICHON RIVIERE E. (1971) *El Proceso Grupal*. Del psicoanálisis a la psicología Social, I Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2001.